

La Reforma Universitaria. Su legado (*)

POR HORACIO SANGUINETTI (**)

Hace noventa años, los hombres libres de Sudamérica se conmovieron al llamado de la juventud universitaria cordobesa. Era un enorme reclamo por la libertad, la racionalidad, la ciencia, la generosidad.

Los jóvenes reformistas fueron construyendo, sobre el gesto rebelde del inicio, toda una arquitectura conceptual que entroncó, muy rápido, lo pedagógico con lo político, lo reglamentario con lo social. Desde entonces, y

(*) Este artículo es una transcripción. **Se mantuvo el formato original.** Ha sido publicado en: AA.VV. (2008). *1918-2008. La Reforma Universitaria. Su legado. Compilación de la Fundación 5 de octubre 1954.* Buenos Aires: Librería - Editorial Histórica. Emilio J. Perrot (pp. 113-120).

(**) Horacio Sanguinetti (1935). Abogado y doctor en Derecho y Ciencias Sociales, ministro y secretario de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, miembro de número de la academia Nacional de Educación y de la de Ciencias Morales y Políticas correspondiente a la Real Academia Española de Ciencias Morales y Políticas, integrante del Consejo Asesor del Teatro Colón y actual director del mismo. Colaborador habitual de *La Nación*, *Clarín*, *La Prensa*, *La Voz del Interior*, ha dictado innumerables conferencias en universidades del país y del exterior. Es, tal vez, reconocido por todos los argentinos como “El Rector del Colegio Nacional de Buenos Aires”, cargo que desempeñó durante veinticuatro años con un excelente prestigio. Además, es autor de obras de Derecho Político y de libros sobre temas históricos, educativos y sobre ópera –otra de sus grandes pasiones– y de más de seiscientas publicaciones. En todas ellas apostando a la revalorización de la necesidad de diseñar un proyecto de país que obligadamente mejore su educación, asumiendo la responsabilidad de todos para que sea viable, sin embargo, es al Estado al que le adjudica la mayor responsabilidad: “[...]. El Estado nacional es el único que puede revertir con una política de Educación nuestra crisis”. Admirador del redactor del *Manifiesto Liminar* de la Reforma Universitaria, Deodoro Roca, “el gran verbo de la Reforma” como gusta llamarlo, desarrolló una extensa actividad académica y científica en el ámbito educativo, tanto en el nivel secundario como en el universitario. Es autor de numerosos ensayos, textos académicos que le valieron el Premio Konex de Platino a la personalidad de la década del ámbito educativo. Defensor inagotable de los principios reformistas, predica la creación de colegios nacionales en las provincias, seguramente uno de sus mayores orgullos sea haber puesto en acción esta prédica llevando el modelo del Nacional de Buenos Aires a Ushuaia.

salvo eclipses momentáneos, la claridad de la reforma ilumina la conciencia intelectual americana.

Las universidades nacionales, en 1918, eran tres: Córdoba, Buenos Aires y La Plata. Asomaban, además, dos provincias: Litoral y Tucumán. En un orden esquemático, La Plata era “cientificista”, Buenos Aires “positivista” y Córdoba, la más antigua, ya trisecular, medieval y preconiliar. Sucesivamente, los temas administrativo y pedagógico, religioso, social y político, fueron aflorando como aspectos del conflicto de 1918. En Córdoba se estudiaba, por ejemplo, el tema “Deberes para con los siervos” (!), y el juramento se prestaba, obligatoriamente, sobre los Santos Evangelios.

No fue extraño, entonces, que dos o tres cuestiones corrientes suscitaran un verdadero estallido. Así la “ordenanza de decanos” sobre asistencia a clase, y sobre todo, el Internado del Hospital de Clínicas, suprimido pese a ser refugio, despensa y escuela de los jóvenes de menores recursos, muchos sin familia en la ciudad. A pedido estudiantil, Yrigoyen intervino la universidad. Pero el 15 de junio, cuando había de normalizarse, los estudiantes sintieron que la elección de rector burlaba las expectativas y los compromisos, y patearon el tablero. Tomaron la “Trisecular”, y desalojada “la canalla” hubo huelgas, trompadas, corridas y, al fin, otra intervención que dio curso a las inquietudes de los alumnos.

El *Manifiesto Liminar* de la Federación Universitaria de Córdoba, redactado por Deodoro Roca, relata los sucesos ocurridos y expresa con elegancia inigualable las aspiraciones de la mocedad. Esta convocó el apoyo de ciertos hombres representativos como Lugones, Barroetaveña, Rojas, Ingenieros, Palacios, Ferraroti, Bravo, Repetto, De Tomaso, Tamborini, Bunge, que desde diversas posiciones saludaron “lo grande y lo bello de la causa” (Lugones *dixit*). También se expresó, oficialmente, la Iglesia “preconiliar” agredida. El obispo de Córdoba fray Zenón Bustos y Ferreira, anatemizó en dos pastorales la “Revolución Social que nos amenaza”, la que “tomará la faz aterradora de la bestia apocalíptica” pues “su soplo sobre las masas las ha tornado anárquicas como nunca... y levantó en guerra apasionada contra ellas [contra las corrientes que “se alimentan con el pan eucarístico”] a una parte de la juventud para combatirla”. Así que los reformistas, poseídos por un mal espíritu, manifiestan “más bajo que las tribus ranquelinas”.

A diferencia del Mayo Francés, que justo a cincuenta años vista planteó algunos temas comunes, pero con menos organicidad y menos ética, los reformistas de 1918 se esforzaron en proponer un programa coherente, posible y eficaz. Para eso se reunió en Córdoba el Primer Congreso Nacional de estudiantes que ordenó un repertorio instrumental adecuado para concretar principios: autonomía, co-gobierno tripartito, libertad de cátedra y docencia paralela, periodicidad, agremiación obligatoria, gratuidad, extensión y orientación social universitaria, etc. La mayor parte de él ha sido generalmente aceptado, aun por los adversarios. Cimenta, ahora, el acuerdo, básico sobre las reglas de juego. Hasta el general Perón, a quien no podría calificarse como un reformista ortodoxo, concluyó por admitir que “con todas las imperfecciones y contramarchas que se quiera, lo cierto es que los postulados de la Reforma Universitaria encierran una adulta concepción de lo que requiere una sociedad moderna”.

La reforma corrió por América como una mecha encendida. Sería que, por sobre las diferencias adjetivas, existían ansias y necesidades similares, en todas partes: La Plata, Buenos Aires, Perú, México... Así la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), encabezada por Víctor Raúl Haya de la Torre, que se constituyó en el Perú como partido mayoritario usualmente excluido del poder por métodos violentos pero igualmente gravitante en la policía continental, y hoy gobierno, se confiesa de filiación reformista.

Porque los reformistas advirtieron pronto que aquello que suponían meros retoques administrativos y pedagógicos, tenía insospechadas raíces políticas. “La Reforma era un camino –razonaba Deodoro Roca– que buscando un maestro se dio con un mundo”.

Durante la década del veinte, la acción más explosiva se centró en la portaña Facultad de Derecho; allí la bancada estudiantil constituida por Carlos Sánchez Viamonte, Julio V. González, Florentino Sanguinetti, José M. Monner Sans, Emilio Biagosch, Mariano Calvento y otros, enfrentó al grupo profesoral conservador –Castillo, Ramos, Calatayud, Zavalía, Arias, etc.–, gallardía intelectual difícilmente parangonable en la historia parlamentaria argentina. aún desde la aparente estrechez del ámbito de una facultad, el conflicto saltó a la prensa y a la calle con vigor inusitado. Así se logró, en 1925, que Ricardo Rojas asumiera el rectorado de la universidad, y en 1930, Alfredo L. Palacios, el decanato.

“¡Y cómo los hechos darían plena razón a aquel magnífico equipo reformista! –afirma Gregorio Berman–: “con diez años de antelación denunció a aquellos consejeros y profesores que prepararon y fueron actores y cómplices de una época infame en el orden nacional, entregadores sin alma al imperialismo, compadres en la aventura nazi-fascista, sin que sirvan para redimirlos las lágrimas hipócritas que algunos derramaron después”.

Ese grupo “parlamentario”, además de su crítica, logró no obstante ser minoría frente a la impertérrita delegación profesoral, aprobar iniciativas fecundas, como la enseñanza práctica y el nuevo plan de estudios, que fincaba mejor en las Ciencias Sociales que en el Derecho Privado.

Y un aspecto del que hizo gala, casi obsesivamente, fue la ética, en un ambiente político poco propicio. Eran tremendos para el juicio moral, se pultaban amistades ante la menor sospecha de defección, andaban con la renuncia “en el bolsillo”. ¡Cómo nos harían falta hoy! Ante todo mi actuación gira en torno a un principio idealista que dignifica mi vida –explicaba a su padre, en carta íntima, uno de estos hombres–, agita mis inquietudes espirituales, y es la fuerza animadora de mi acción. Si se impone, mi nombre, tu nombre, no ha de olvidarse y si no se impone, tampoco, porque todo el mundo sabe que equivocados o no, sostenemos una esperanza de la nueva generación argentina, tenemos ideas claras, luchamos por ellas y necesitamos hasta de una vida virtuosa para oponerla como valor, al ataque de los intereses creados. Cuántas veces yo he podido aceptar canonjías y prebendas, que resolverían sin dudas mis dificultades, a cambio de una simple actitud pasiva. Pero hay que creer en las categorías morales y puedo decir, lo dicen mis adversarios, que yo, me he defendido contra el soborno y la concupiscencia de los cargos rentados y de las posiciones que aseguran una pitanza. Días atrás el doctor Lafaille, consejero de la facultad de Derecho, adversario mío, me dijo a propósito de que se hiciera pública la noticia de que yo le había rechazado al juez Dr. Mariano Vedia y Mitre, un cargo de secretario, dos palabras que me enorgullecen: “Ud. es uno de los pocos, que no ha aprovechado de estas posiciones que le otorga la confianza de la juventud, para lograrse una rentita”. La vida es larga, pero la honra es corta y se filtra por la menor grieta. Mi compañero Julio V. González acaba de renunciar a la secretaría de la Facultad de Derecho de La Plata y su cátedra de profesor suplente, por temor a que las nuevas autoridades puedan considerar que su posición administrativa le prive de la libertad de la palabra

y de crítica que usa en su cargo metropolitano. Y así, con sacrificio, pero con íntimas convicciones, vamos mostrando la jerarquía de los nuevos. Se me habla de la esterilidad de esta acción y me aconsejan que la abandone. Si algo soy, se lo debo a ella. De mi rango universitario, he ganado honores. Me conocen en América y me alcanzan las voces de muchos espíritus oprimidos o inquietos, por la gran ilusión que sopla sobre el mundo. Ya soy alguien dentro del país. Aquel estudiante modesto y silencioso, que vino a conquistar el vellocino de oro, es considerado y respetado en todas partes”.

Luego, el despliegue de violencia y fraude de los años treinta, años sombríos también en el plano internacional, no pudo contener el permanente latido reformista.

El peronismo hizo borrón y cuenta nueva. Reclutó su propia tropa sin expurgar antecedentes y expuso a los profesores “contreras” del mismo modo, ya fuesen conservadores o reformistas, mediocres o sabios. Tal como Bernardo Houssay, que de inmediato obtendría el Premio Nobel, lo que constituyó un paradigma de intolerancia, por el cual el presidente Menem pidió oportunamente perdón.

A partir de 1955, y hasta la “Noche de los Bastones Largos” de 1966 – cuando la policía de Onganía irrumpió a sangre y fuego en Exactas–, sería una segunda generación reformista la encargada de gestionar las universidades. Lo hizo con notable eficacia.

José Luis Romero, propuesto por la Federación Universitaria estudiantil, fue el rector en Buenos Aires. La universidad gozó muy pronto una autonomía tajante, pues ni siquiera estaba sometida a las leyes que contradijeran su Estatuto. En uso de tan amplia atribución, en 1957, Risieri Frondizi, hermano del futuro presidente, resultó elegido rector por la Asamblea Universitaria. Poco más de diez años bastaron a la universidad reformista y autónoma para mostrar su fibra, realizando una labor inaudita hasta entonces. Y así fue en todas partes, no sólo en Buenos Aires capital.

Aquí se crearon nuevos centros y carreras útiles, como la Facultad de Farmacia y Bioquímica, las Escuelas de Enfermería y Salud Pública, las carreras de Economía y Administración, los departamentos de Sociología, Psicología y Ciencias de la Educación, los Institutos de Cálculo y Biología Marina, y el Departamento de Orientación Vocacional, que comenzó, por

primera vez, a ocuparse de las perplejidades de los jóvenes en orden a trazar su futuro. La instalación del departamento de Extensión Universitaria, que abrió una planta piloto en la villa miseria de la Isla Maciel, fue una experiencia de atención de los temas sociales con resultados satisfactorios.

La *Revista de la Universidad*, que dirigió Romero, y estaba suspendida hacía tres años, logró alto nivel y el *Boletín Informativo*, gratuito, transmitió a todos, los avances y los problemas de la hora.

En julio de 1958 se creó la Editorial Universitaria de Buenos Aires (EUDEBA), quizá la obra más alta del gobierno de Risieri Frondizi. Dirigida por Boris Spivacow, en siete años (1959-1966) publicó 802 títulos, en casi doce millones de ejemplares, cada uno a menos precio que un paquete de cigarrillos. Fue la editorial más importante de habla hispana y aún subsiste, como ejemplo y compromiso.

Las becas, solamente 16 hasta 1957, eran 1400 un lustro después, financiadas sin aportes especiales, exclusivamente con economías logradas en sectores menos productivas.

La ciudad universitaria comenzó a programarse desde diciembre de 1958. Buena parte se edificó poco más tarde, rescatando terrenos inaccesibles. Las relaciones internacionales especialmente con Uruguay y Chile fueron atendidas diligentemente. Se fundó un Consejo Interuniversitario Regional (algo así como el Mercosur académico) y se fomentaron intercambios, cursos de verano y una gran Asamblea Latinoamericana.

En los colegios dependientes de la universidad comenzó con éxito la coeducación; se implantaron los departamentos, los concursos docentes y tantas novedades que hoy resultan corrientes.

En temas prácticos, como mejoras de la convivencia en ámbitos urbanos y rurales, por primera vez la Universidad de Buenos Aires fue parte: el plan regulador del Tigre, la instalación de semáforos, los planes agrícolas de Leones, Río IV, Los Surgentes, etc. Arribó "Clementina", la primera computadora, que ocupaba un enorme espacio de la Ciudad Universitaria. En suma, como propuso Risieri Frondizi, la mesa de investigación y la de seminario prevalecieron sobre la mesa de entradas y la mesa de exámenes, tan importantes hasta entonces.

Después llegaron, con gravedad inédita, los años oscuros. Ya nunca se recuperó totalmente la universidad, de sus heridas, ni aun luego de instaurada la democracia. Pero algo quedó intacto, y desde 1983, la reforma volvió a regir módicamente a las principales casas de estudios.

Las arenas del tiempo han corroído muchos mesianismos, han enseñado con la crueldad de tantas circunstancias y han decantado las ideas. Pero la raíz sigue viva. No hace mucho, un ministro “de facto” pregonó la caducidad de la reforma. Anunciar que la reforma ha caducado es como decir que está agotado Mayo. Desde luego, hoy no interesa la “ordenanza de decanos” de 1917, como tampoco rebatir al obispo Lué en el Cabildo Abierto.

Mas sí interesan, en común, el viento arrasador de la justicia, el espíritu sacro de la libertad. Pueden, de cualquier modo, impugnarse cuestiones adjetivas: el artículo tal del reglamento aquél. Pero la reforma, nonagenaria, no se apea de su ideario profundo –a veces, todavía aspiración incumplida–, intacto y fresco aunque les pese a tantas gentes de mala voluntad. Por eso interesa superar la quiebra intencional que divorció a las generaciones reformistas y difundir el ideario de sus próceres particulares.

Hoy se reivindica el mensaje de 1918: la libertad, el derecho a discrepar civilizadamente, la participación, el servicio. Legado ético, social y científico. Legado de ardorosa firmeza, de meduloso sentimiento, de razón apasionada, de excelencia.

Y aquí es preciso detenerse: la excelencia. Y destacar la de los hombres que hicieron la reforma. Su conducta, sí, pero también su saber. La acción sí, pero también el pensamiento, la inferencia fecunda, el triunfo de la inteligencia. El país fue injusto con ellos. Los condenó al exilio interior y al olvido planificado. Aún esperan su reconocimiento. Por eso, los nombramos: y el primero, Deodoro Roca.

Fue breve su vida: algo más de medio siglo. No ocupó cargos públicos relevantes. Se movió poco de su Córdoba natal, y del país: apenas dos viajes a Brasil y otro a Chile, en la década del treinta. Sin embargo, su extraordinaria personalidad y la intensidad de su obra trascendieron tanto que, en cierto momento, su nombre era, en América, como una tempestad. Fascinante en personas y en trato, pulsó con notable calidad las cuerdas del arte, la ciencia y la política.

Fue el Verbo de la reforma, príncipe de abogados, polemista temido, amante de la naturaleza y de la ciudad, humanista, espíritu lúdico, gozador de la filosofía, de la plástica y del balbuceante cine de su difícil tiempo. Arrojado a la acción cívica, era un liberal “progresista”, nunca comunista –lo negó reiteradamente y el PC lo objetó con torpeza como “burgués”–, capitán primordial en la lucha por las libertades y derechos humanos y contra el fascismo.

Como escritor en todo nuestro siglo XX –y esto no es temeridad–, no reconoce superior; seguramente algunos pares, pero hay que regresar hasta Sarmiento para encontrar una prosa flamígera de envergadura y estilo semejantes. Tuvo enemigos animados contra él, incluso, de intenciones homicidas, enemigos que le tejieron cierta imagen demoníaca. Odios “que tanto le costó ganar”, y la condición de hombre de provincia, conspiraron para ocultarlo bajo una lápida intencional de olvido y de silencio.

Rescatarlo constituye, permanentemente, un deber moral. Sigue penado –muerto hace tanto–, por transgresor y provinciano. En 1997 el decadente Concejo Deliberante descartó un proyecto de Fernando de la Rúa para dominar “Deodoro Roca” a una escuela capitalina.

Y nombramos a Enrique Barros, que extremó su servicio hasta casi dar la vida, su cráneo hundido por el cachiporrazo de un fanático, a favor de quien terció en los estrados judiciales en un gesto conmovedor de verdadera ética cristiana. Y nombramos a Saúl Taborda, el pedagogo y filósofo de hondura.

Y nombramos a Emilio Biagosch, que no dejó escritos, ni ocupó cargos públicos, pero cuya obra –anónima como una catedral del medioevo–, es la propia reforma y cuyos herederos son tantos jóvenes que quizá ignoran su deuda para con él.

Y nombramos a Carlos Sánchez Viamonte y a Julio V. González, vidas que admiten un paralelo clásico: juristas, oradores, polemistas terribles, que provenían de familias patricias pero se colocaron voluntariamente en la rompiente de la ola, en la encrucijada más dura de la política de su tiempo y sobrellevaron el rigor con que se castigó su conciencia profética. Y a Gumersindo Sayago, Tomás de Villafañe, Gregorio Bermann, políticos, científicos, artistas, pensadores...

Y más acá, cómo omitir de aquella segunda oleada, a José Luis Romero, Riseri Frondizi, José Babini, Jorge Orgaz, Vicente Fatone, Santiago Montserrat, Ricardo M. Ortiz, Manuel Sadosky, Florencio Escardó, Luis Munist...

La eminencia de estos hombres compromete a todos los reformistas a un esfuerzo máximo, con sus costados morales, cívicos y sociales, pero, además, con el ingenio, el estudio, el talento en ejercicio. No basta la pura acción. La sola y desnuda militancia no sirve, es agitación babélica, intrascendente. Los reformistas tienen, además, el deber de pensar.

Porque finalmente, la reforma fue una batalla contra el tirano, y contra el inválido en su hospicio intelectual. Una batalla por la verdad, la Belleza y el Bien, que son valores eternos.